

la tercera iglesia a las puertas

El libro que pretendo presentar (1) ha sido para mí una sorpresa agradable: el encuentro con un texto rico en información, bien documentado sociológica y teológicamente, con un planteamiento certero y valiente de los problemas del mundo y de la Iglesia y, además, con un estilo delicioso. Uno de estos libros que no dejamos hasta haberlo leído por entero y que, una vez leído, nos deja huella y revuelve en nosotros ideas, dudas y caminos de acción.

Quiero en estas líneas transmitir al lector un resumen del mismo, con el fin de facilitar el acceso a ese mundo de luces e interrogantes que en mí dejó.

El autor

Walter Bühlmann nació en 1916, en Lucerna. Entró en la Orden de los Capuchinos en 1935, fue ordenado sacerdote en 1942, se doctoró en teología en Friburgo (Suiza) en 1949, fue misionero en Tanganika del 1950 al 1953. Desde 1954 a 1970 dió clases en el Instituto de Misionología de la Universidad de Friburgo, fue redactor del "Katholisches Missionsjahrbuch der Schweiz" y co-redactor en "Neue Zeitschrift für Missionswissenschaft". Desde 1971 es secretario

general de las misiones de la Orden de los Capuchinos con sede en Roma, donde además da clases en las Universidades Pontificias Urbaniana y Gregoriana. Realizó viajes de estudio por Africa, Asia y América Latina. Tiene numerosas publicaciones sobre temas misionales y sobre el Tercer Mundo.

Su preparación teológica, su experiencia misionera de base, sus múltiples viajes y su puesto privilegiado en Roma, desde donde puede seguir los movimientos mundiales, le dan la competencia y situación ideales para escribir sobre un tema sobre el que muy pocos podrían hacerlo con la seriedad con que él lo hace: el presente y el futuro de la Iglesia, visto desde ese mundo nuevo que se anuncia como el "centro futuro" o "los centros futuros del mundo": los países meridionales de Africa, Asia y América Latina.

La intuición que le anima a escribir

El autor nos lo dice claramente en la introducción:

"Hoy se habla demasiado de la crisis de la Iglesia y demasiado poco de las oportunidades que se le brindan. Y, sin embargo, en el curso de la Historia, las últimas

han sido siempre más numerosas; de otra forma, ¡la Iglesia sencillamente no existiría! La gran esperanza del presente consiste indudablemente en el advenimiento de aquella Iglesia que quisiera definir como la Tercera Iglesia (o sea, la Iglesia del Sur, junto a la de Oriente y a la de Occidente). Este advenimiento representa el episodio capital dentro de la única Iglesia. Ante nuestros ojos se está disgregando el cuadro de la Iglesia (occidental) precedente y está teniendo lugar una emigración de pueblos, que semeja el preludio de un nuevo medioevo (esta vez a escala mundial y en el espíritu del tercer milenio).

Todavía no hemos tomado suficiente conciencia de estas prometedoras transformaciones. En América Latina se sabe demasiado poco de África, en África demasiado poco de Asia y en Occidente, a pesar de una mejor información, no se posee todavía una visión de conjunto de lo que está ocurriendo en el hemisferio meridional. En el sector de las ayudas para el desarrollo, poseemos el conocido informe Pearson. A finales del primer decenio (oficial) de este desarrollo, Pearson y otros estudiaron las ayudas prestadas hasta entonces a ese fin, valoraron sus resultados e hicieron recomendaciones para el segundo decenio. En el campo de la evangelización, en cambio, nos falta justamente lo que llamaría yo un "*informe Pearson eclesial*". En este campo tenemos libros que contienen reflexiones teológicas, monografías geográficas y temáticamente limitadas, así como un cierto número de recopilaciones de datos y de hechos: Anuario Pontificio, Guida delle Missioni cattoliche, Bilan du Monde, World Christian Handbook, etc. Pero en vano buscaremos un libro que ofrezca una panorámica universal, una valoración de la situación y

de las perspectivas. Por eso he aceptado el riesgo de realizar una tentativa de este género (riesgo tanto desde el punto de vista científico como desde el ángulo del compromiso cristiano). Se trata de individuar los mismos problemas de los tres continentes meridionales, de indicar las tendencias comunes, de dar a conocer a los demás las soluciones originales adoptadas poco a poco, de deducir de los movimientos efectivos de los últimos años los modos de conducta prácticos para los próximos años, de pronosticar lo que se prepara para el futuro y las consecuencias que de ahí se derivan para la Iglesia meridional y para la occidental, a fin de penetrar luego resueltamente en el nuevo horizonte" (pp. 5-6).

Termina el libro, tras una minuciosa presentación de hechos y un razonamiento lúcido y valiente, con la confirmación de su intuición inicial:

"Estamos al final de un mundo, pero no en el fin *del* mundo. La vida continúa. Las formas pueden cambiar (incluso más de lo que nos gustaría); la sustancia permanece. Nada perjudica más a la Iglesia y a su misión que pretender permanecer aferrados a formas históricamente condicionadas. Si tenemos el valor de abandonar las estructuras existentes en la medida en que son superadas, Dios nos hará encontrar las nuevas estructuras a través de la observación de los signos de los tiempos. Al realizar este trabajo hemos de tener presente una cierta inseguridad. En el fondo no es necesario poseer un mapa de la tierra prometida antes de abandonar Egipto.

La Tercera Iglesia está a las puertas. Espero que a estas alturas el lector se haya convencido de la validez de la afirmación que hice en la introducción, a saber, que

en sincronización providencial con los acontecimientos del mundo, está soplando a través de la Iglesia una nueva tempestad pentecostal, y que la Iglesia jamás se ha encontrado ante un desafío y unas posibilidades mayores que las actuales de transformarse en Iglesia del mundo" (p. 463).

El advenimiento de la Tercera Iglesia: Adiós a Occidente

Una mirada al mapa, y al punto salta a la vista que Europa parece un enano rodeado de continentes gigantes al Este, al Sur y al Oeste. Mas una mirada a la historia del mundo nos dice que este enano, gracias a su inteligencia y a su energía, ha representado el papel de guía en nuestro globo. Finalmente, una mirada al presente nos hace comprender que este acto de la *hegemonía* europea toca a su fin y que los reflectores comienzan a enfocar nuevos grupos que están a punto de entrar en escena: los pueblos del *Tercer Mundo*. El autor hace coincidir el Tercer Mundo con la Tercera Iglesia y con tres continentes: América Latina, Asia y África.

Me parece interesante aclarar los términos y el contenido que les da el autor. El libro dedica un capítulo a ello.

"Tercer Mundo": varias son las explicaciones que se dan de esta expresión. El autor adopta la siguiente: el Primer Mundo es el oriental, oprimido por el comunismo; el Segundo es el occidental, dominado por el capitalismo; el Tercero es el meridional, amenazado por el neocolonialismo. El Tercer Mundo abarca, pues, aquel grupo de pueblos que están realizando sus primeras experiencias en el escenario de la política mundial, que cuentan en la ONU con la mayoría de votos y que, por lo

mismo, son cortejados y disputados tanto por Oriente como por Occidente.

"Y, ya que todos hablan de Tercer Mundo, dice el autor ¿por qué no introducir también el neologismo de *Tercera Iglesia*? Lógicamente, la Primera Iglesia sería la oriental, que posee el privilegio de primogenitura (¡los ocho primeros Concilios ecuménicos tuvieron todos lugar en Oriente!), pero que hoy se ha convertido en gran parte en Iglesia del silencio; la Segunda Iglesia sería la occidental, que en el curso de la Historia llegó a ser cada vez más la Iglesia por antonomasia y madre de las surgidas en el Nuevo Mundo; finalmente, la Tercera sería la de los nuevos países, que entran ahora como nuevos elementos en la historia mundial y eclesial y que constituyen la sorpresa del próximo futuro" (p. 21).

Se podría mirar a las "tres iglesias" también según otras categorías. Aunque el autor no desarrolla esta sugerencia, quiero reseñarla por ser muy rica en perspectivas para una comprensión operativa de la Iglesia. Desde el punto de vista estructural se podría hablar de la Iglesia católico-romana, de la ortodoxa y de la protestante. Desde el punto de vista histórico se podría distinguir entre antigüedad, medioevo y era moderna. Desde una perspectiva más cercana a la experiencia existencial de su relación con la sociedad global, el autor habla de la "iglesia elitaria" de los apóstoles y discípulos que vieron al Señor y de sus sucesores que constituyeron la primitiva comunidad y cuyo reflejo quedó plasmado en los escritos del Nuevo Testamento. "Con el 'giro constantiniano' nació la 'iglesia del pueblo', que se desarrolló con esplendor y con gloria y dió vida al medioevo, donde todo el pueblo

era custodiado en el seno de la madre Iglesia. Esta Iglesia se ha visto sacudida desde hace ya mucho tiempo y está ahora a punto de morir, para dar paso a una Iglesia más grande, a la 'Iglesia mundial' en un 'doble sentido: como entidad geográfica extendida hasta los confines de la tierra (naturalmente no ya en formación cerrada en el sentido de la 'conquista del mundo para Cristo') y como proyección de pequeños grupos de cristianos selectos y convencidos en el mundo, como experiencia de la situación de diáspora, a fin de ser, desvinculada de instituciones históricamente condicionadas, sal de la tierra y luz del mundo" (pp. 21-23).

Todas estas pistas o tipologías de la iglesia serían muy ricas si se explotaran. De hecho el autor no lo hace. Y quiero señalar, de paso, que aquí reside una de las riquezas del libro: la cantidad de sugerencias y pistas que abre. La unidad y la coherencia de la obra —que el autor logra— no le impiden el irnos indicando cantidad de temas candentes y de consideraciones densas y atinadas. Como digo, no se ocupa de las tres iglesias que se han sucedido históricamente la una a la otra, sino de las tres iglesias que viven hoy la una junto a la otra.

Con el concepto de Tercera Iglesia —identificada como digo geográficamente y a grandes rasgos con el Tercer Mundo, con la faja de los trópicos que da la vuelta a la tierra; prácticamente con los tres continentes de América Latina, de Africa y de Asia (con Oceanía)— el autor quiere llegar a eliminar el *discutido concepto de "misiones"*. Aun aceptando el sentido teológico de misión tal como ha sido determinado por el Vaticano II, sin embargo, desde el punto de vista religioso-sociológico

resulta cada vez más difícil establecer donde se trata concretamente de "misión" y dónde no. Cree el autor que las iglesias protestantes han llegado a elucidar este dilema, sobre todo a partir de 1968 en la reunión de Uppsala, cuando declararon *no* que la misión no existe ya, sino, al contrario, que existe en todas partes: misiones en seis continentes. "Se subrayó que la Iglesia está en misión dondequiera que dominan la miseria humana, el aumento de la población y las tensiones, dondequiera que se mueven fuerzas, dondequiera que existen instituciones rígidas, dondequiera que se toman decisiones sobre la prioridad y sobre el uso, de la fuerza, dondequiera que no se ha impuesto el evangelio todavía, sobre todo en los centros de poder, en los movimientos revolucionarios, en las universidades, en las ciudades, en las relaciones entre naciones industrializadas y países en vías de desarrollo; en todos estos casos la Iglesia debe desarrollar su dinamismo y llevar su salvación" (p. 24).

Para eliminar la objeción principal que se le podría hacer, el autor aclara que "Tercera Iglesia" no tiene acepción alguna degradante en el sentido de "sólo en tercer lugar". Expresa simplemente el hecho de que, junto a la Iglesia occidental y a la oriental, ha surgido una entidad nueva, que debido a sus características diversas y a las perspectivas futuras que presenta, merece ser denominada y valorada con su nombre propio. "En tercer lugar" no significaría, pues, "al final", "a lo último", sino más bien una adición a lo que ya existía y una cumbre a punto de llegar.

La Iglesia debe tomar en serio esta realidad nueva. En ello va su posibilidad de renovación y de con-

tinuidad. Sería como una nueva encarnación en este sector del mundo. En ello va la revitalización de los sectores antiguos que, en su tiempo, dieron su aportación. El autor los reconoce. Pero hoy Oriente y Occidente deben mirar al Sur para seguir viviendo. Copio a continuación las palabras del autor que resumen el nervio de la obra:

“Más que delinear aquí una historia de la misión, prefiero proponer una *hipótesis sintética de trabajo* y decir que no sólo la Iglesia ha avanzado *de hecho* por oleadas sucesivas y que ha llegado hoy en cierto modo, a los confines de la tierra; que no sólo, después de fases sucesivas de cansancio, se ha dedicado de nuevo con ímpetu al cumplimiento de la tarea misional, sino que ha conseguido superar los momentos de marea baja y sus diabribas internas *gracias* al empeño siempre renovado por la misión. En todo caso, sería fácil demostrarlo por lo que se refiere al siglo XVI y XIX. De hecho, si es teológicamente cierto que la Iglesia ‘es por su naturaleza misionera’ y que no puede haber renovación genuina fuera del ensanchamiento del horizonte del cometido misionero, es preciso que sea posible demostrar también ‘a posteriori’ en la Historia esta relación causal: renovación *gracias* a la misión” (p. 26).

El autor hace ver las aportaciones de las distintas iglesias. “La Primera Iglesia, que sigue encarnando la situación de la Iglesia cristiana primitiva, tiene mucho que decir a la Iglesia occidental, especialmente hoy, desde que se busca renovarse volviendo al espíritu de los orígenes” (p. 27). La Iglesia de Occidente tuvo la hegemonía durante largos siglos. Tras un período de envejecimiento tuvo una hora luminosa de su exis-

tencia, un tiempo de revolución espiritual, con la figura de Juan XXIII y el Concilio. Actualmente se constata una situación de cansancio y de crisis. Ante esto, la postura más justa es la de dar un adiós a Occidente y convencerse de que el centro de gravitación del mundo no está ya en Europa. El autor da cifras estadísticas para hacer ver la emigración de la Iglesia hacia el hemisferio meridional, que es un hecho indiscutible, un acontecimiento eclesial histórico y, al mismo tiempo, una posibilidad inaudita (p. 42).

“Séame permitido hacer una previsión, no en forma de afirmación sino de hipótesis: acaso en el curso del tercer milenio algún historiador de la Iglesia compare la Iglesia oriental a la estrella de la mañana, silenciosa, luminosa, llena siempre de esperanza; la Iglesia occidental a la luna, que después de una noche casi tan luminosa como el día, está ahora palideciendo, y la Tercera Iglesia al sol, que surge en el horizonte como el nuevo acontecimiento y domina el curso del día.

Dos acontecimientos en el año 1974 han confirmado estas reflexiones mías: el Sínodo de los obispos, el cual fue “hecho”, con sorpresa de todos, por los obispos de la Tercera Iglesia, y la Asamblea General de la ONU, en la cual los Estados jóvenes imponen con su mayoría cada vez más su voluntad, de suerte que se ha dicho: el Tercer Mundo está a punto de convertirse en el Primero” (p. 44).

Preludio de la historia del mundo

El autor quiere hacernos ver que, efectivamente, estamos ante un momento nuevo y privilegiado de la historia: el verdadero comienzo de la historia que llega con la liberación ya comenzada,

pero todavía no terminada, de los pueblos del Tercer mundo. La Iglesia tiene una oportunidad, totalmente en consonancia con su mensaje evangélico, de cooperar para que ese nacimiento no degenerare en aborto y para que el Reino de Dios se implante siguiendo la dinámica presente en la historia (la atención a los "signos de los tiempos" que el Concilio tanto repitió en su constitución pastoral). De hecho, lo que antes se denominaba "historia del mundo" era simplemente la historia de Europa y de las conquistas europeas en los otros continentes. "Las cosas llegaron tan lejos, que incluso los jóvenes hindúes y africanos tenían que aprender, para triunfar en la escuela, la historia de Inglaterra o de Francia y recitarla en los exámenes... El que este punto de vista haya continuado subsistiendo incluso después de la época de los descubrimientos, cuando Europa había llevado por primera vez en la historia de la Humanidad a todos los países y a todos los hombres el conocimiento de una sola sociedad, demuestra un *empequeñecimiento del horizonte histórico* hoy inexcusable. Ha sido precisa la humillación de la Segunda Guerra Mundial y la subsiguiente descolonización; ha sido precisa la experiencia de que un conflicto en Corea, en Cuba o en el Vietnam puede provocar una catástrofe de proporciones mundiales y que, por tanto, en el mundo de la segunda mitad del siglo XX está todo relacionado, para hacernos entender que existe una historia mundial como un todo realmente entreverado y que cada historia regional... se desarrolla en un horizonte histórico mundial" (p. 45). "De esta manera se inauguraba solemnemente la historia mundial y llegaba también la hora de las Historias mundiales, de los manuales de historia mundial, con la renun-

cia a la perspectiva europocéntrica" (p. 45-46).

El autor nos hace ver que la Iglesia no puede gloriarse de haber constituido una excepción en este campo. Durante el primer milenio la historia eclesiástica comprendía todavía a toda la Iglesia, junto con su obra de expansión misionera. Luego, a partir del cisma de 1054, no se tomó ya en consideración a la Iglesia oriental, y a partir de la Reforma se ignoraron intencionadamente también las Iglesias protestantes, mientras que la historia de las misiones "extranjeras" se dejaba a la consideración de los especialistas en este campo. El resto era elegido, expuesto e interpretado con acentos fuertemente triunfalistas.

Hace el autor un recorrido por las etapas hacia la liberación de estos pueblos jóvenes. Un primer paso fue la *descolonización* que tuvo lugar en dos tiempos de veinte años cada uno: de 1810-1830 para América Latina, de 1945-1965 para Asia y Africa. El 1775, dos tercios de la población mundial vivían bajo dominio colonial; en 1970 habían descendido al 3%. Estas naciones jóvenes, no sólo han celebrado la fiesta de su independencia, sino que han comenzado a adquirir una *nueva conciencia*. Esto les lleva a buscar su identidad propia, a la vez que les plantea la tarea inmensa de hacer frente a las disensiones y conflictos interiores. Han sido enormes y numerosas las luchas por mantener esta unidad interna, cuando podían hacer jugar sus diferencias en el seno de una libertad estrenada. No obstante queda pendiente en el cuadro del mundo un último acto de liberación: la liberación de pequeñas manchas negras de colonias que todavía hoy subsisten. Llama la atención el autor sobre el hecho de que *colonización y misión* han

ido de la mano durante casi dos milenios. Ultimamente, en algunos países la Iglesia ha sido fermento que ha acelerado el proceso de descolonización. En todo caso la descolonización ha mejorado la imagen de la iglesia.

Pero queda un segundo paso: a la revolución política debe seguir la económica, a fin de responder a las expectativas de un pueblo libre. Los pueblos jóvenes se encuentran ante el dilema del progreso. Han entrado en escena en una fase técnica e industrial y pueden cosechar sus frutos. Han sido lanzados de improviso de su edad de piedra, de bronce y de hierro a nuestra era atómica. Y aquí existe el peligro de una nueva servidumbre: el neocolonialismo. "¿No representan quizá los países ricos el papel de Satanás, que llevó a Cristo a lo alto de la montaña y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria? Así nosotros proponemos a los pueblos pobres la maravilla de nuestro nivel de vida, que para la mayor parte de ellos resulta inasequible y que puede ser comprado por una pequeña parte de los nuevos ricos sólo doblando la rodilla ante mammón" (p. 74). Los planes de ayuda al desarrollo—se nos hace ver con estadísticas—han sido un fracaso. La desigualdad entre países ricos y pobres aumenta. El verdadero desarrollo no se puede regalar ni imponer, sino que ha de ser querido y promovido por la misma sociedad interesada. Por eso se ha reconocido que el desarrollo comunitario y la sensibilización de los pobres necesaria para ello son las dos columnas que sostienen este proceso.

La misión histórica de China. El nuevo centro del mundo

Después de haber estado, en los últimos veinticinco años, determi-

nada y dictada la política mundial por la rivalidad entre las dos superpotencias USA y Rusia y por la necesidad de mantener a toda costa el "equilibrio del terror", de improviso ha ocupado el centro del interés el *hecho de China*. Este pueblo traspondrá el umbral del tercer milenio como el pueblo más poderoso e intentará representar el papel de protagonista durante el mismo. Lo que Napoleón había predicho: "Cuando China despierte, el mundo temblará", parece estar convirtiéndose en realidad.

En la página 110 el autor nos da tres mapas geográficos que indican grosso modo cómo se ha desplazado el centro del mundo en el curso de la historia: en la antigüedad cristiana y en el medioevo el centro estaba en Europa; entre los años 1500 y 1950, período de descubrimientos, el centro estaba también en Europa que irradiaba a América y Asia. Desde 1950 en adelante el centro se ha desplazado al Pacífico. Es por lo que el autor dice que el siglo XXI será el "siglo del Pacífico".

"En todo caso, con ello la estructura precedente del mundo se ha visto modificada. El pequeño triángulo del período anterior a la guerra (Londres-París-Washington) se ha transformado en la bipolaridad del período posbélico (Washington-Moscú), y finalmente en el gran triángulo Washington-Moscú-Pekín, al cual se añaden otros dos socios poderosos, Japón y la Europa Unida (si alguna vez llega a serlo). Así el mundo se ha convertido en un 'pentágono' político, económico y militar. Recientemente se ha sumado también el bloque árabe. En cualquier caso, de ahora en adelante nos encontraremos en un *mundo policéntrico*, lo cual no puede por menos de resultar favorable al equilibrio de fuerzas" (p. 92).

Y, en esta nueva situación del mundo, ¿qué hace la Iglesia?

“Recordemos ya desde ahora que Roma no se encuentra ya en el centro del mundo en la medida en que lo estuvo a partir del tiempo de los romanos; que la cultura greco-romana no es ya la base y la raíz (exclusiva) de la cultura mundial, como se ha pensado tranquilamente desde la Edad Media en adelante; que, por consiguiente, también la *Iglesia de Roma* debe reflejar a fondo su propia posición en el mundo de mañana, que no estará ya determinado por la historia de Occidente, sino por el presente y el futuro de los nuevos continentes” (p. 112).

Ante esta situación descrita el autor se pregunta si la Iglesia es respuesta o no. El mundo está abierto hacia adelante y espera la salvación. Hace alusión, entonces, al Vaticano II, en el que la definición preferida y frecuentemente repetida con que la Iglesia se ha presentado a sí misma ha sido la de “sacramento universal de salvación”. Hay que prevenirse contra un falso *eclesiocentrismo* que pone a la Iglesia como centro de sí misma y reconocer el papel de servidora que tiene la Iglesia. “En el fondo es preciso tomar en serio las promesas de los profetas y los relatos del Evangelio” (p. 118). Es una concepción superada hablar de Iglesia y mundo. Se trata de la “Iglesia en el mundo contemporáneo”, como se expresa en la Constitución pastoral del Concilio, o de la Iglesia del mundo. Las parábolas y comparaciones con que Cristo describió la misión de la Iglesia van todas en esta dirección: luz del mundo, sal de la tierra, fermento de la masa. Es decir, la Iglesia está en función del mundo y no viceversa. “Este mundo en fermento es el lugar teológico de la Iglesia no sólo como punto final,

como socio al que se dirige, sino como elemento constitutivo en el cual se verifica el alegre mensaje del evangelio” (p. 122). Y aquí marca el autor una serie de tareas —cuyo desarrollo omitimos—: buscar la dignidad del hombre en el mundo libre, en el mundo que no es aún libre, en el mundo pobre. Se tratan los debatidos dilemas “ayuda para el desarrollo y/o animación”, “ayuda al desarrollo y/o evangelización”, “evolución y/o revolución”, “documentos y/o hechos”. Con mucha frecuencia se resuelven estas bipolaridades de un modo dualístico, suprimiendo uno de los polos. El autor hace ver que hay que guardar los dos en una tensión dialéctica. Hace ver también que la Iglesia, lo quiera o no, está llamada a descender a la lid con el comunismo que intenta solucionar los problemas de esos países. En este aspecto quiero resaltar las frecuentes citas de Nyerere, presidente de Tanzania, donde se está desarrollando no sólo un caso modelo de ayuda china, sino también de *encuentro entre Iglesia y comunismo*.

Una estadística abundante nos hace ver que la Iglesia va disminuyendo en cantidad. ¿Cómo pretender ser signo en estas condiciones? Esto lleva al autor a plantear el problema de la Iglesia masaminorías. “Indudablemente se requiere ante todo un cierto crecimiento para que la Iglesia pueda ser signo. Sin embargo, el elemento decisivo es precisamente el carácter de signo, la cualidad, la fuerza de irradiación, y no la cantidad, que incluso puede degenerar en una masa perezosa, sedentaria y satisfecha de sí misma. Según la teología actual, la misión no tiene como tarea asegurar la salvación de las ‘almas que de otra manera se perderían’ y llevar el mayor número posible de ellas a la Iglesia como arca de salvación, sino que

tiene por fin establecer a la Iglesia como signo de salvación para todos y conquistar nuevos testimonios de la gracia de Dios que obra ya en el mundo. Si se tratase de número, libraríamos una batalla perdida. En cambio, si lo decisivo es la fuerza de la irradiación, entonces tenemos un cometido maravilloso que realizar... un millón de cristianos no cuenta 'nada' (en las proporciones del crecimiento demográfico mundial); lo que cuenta es lo que este millón de cristianos significan para los mil millones no cristianos" (p. 172).

Termina la primera parte del libro con una constatación de las riquezas religiosas y cristianas que presentan de hecho los países de la Tercera Iglesia. Ha llegado la hora de Africa: "El que ha estado en Africa no la olvida jamás. Estos hombres espontáneos, emotivos (y por lo mismo imprevisibles), alegres, que cantan y danzan, que transforman la cabaña en casa, el trabajo en ritmo, el culto en fiesta, tienen algo que dar a la humanidad y a la Iglesia" (p. 182). América, con su situación social particular de dominio por la oligarquía de los ricos y la dependencia económica de Estados Unidos ha experimentado una profunda transformación en su actividad eclesial tanto jerárquico como de la base. Piénsese en los movimientos cristianos de liberación y en su teología consecuente. Los documentos de Medellín son grandiosos y un auténtico acontecimiento para la Iglesia. Los teólogos europeos eempiezan a escucharla. Y Asia es, sin duda, *el continente más religioso*: todas las grandes religiones del mundo tienen aquí su cuna. De Asia esperaba J. Daniélou una contribución a la renovación de la contemplación y la mística en la Iglesia.

El nuevo enfoque de los viejos problemas de la Iglesia

En esta segunda parte del libro —que, por lo reducido del espacio y la dificultad del resumen detallado, haremos más a la ligera— el autor confronta la nueva situación del mundo con una Iglesia que quiere y puede seguir siendo —ahora quizás más que nunca— fiel al Evangelio. Su conclusión es **que de esta confrontación surge una crítica a la situación presente y se impone un cambio de actitudes y de estrategias pastorales.**

En este sentido el libro ofrece una originalidad sorprendente. De hecho se elabora una *eclesiología práctica*, es decir, que arranca del análisis de la realidad mundial futura, confrontado con la misión de la Iglesia, servidora del Evangelio, y que revierte en una nueva praxis de la Iglesia. Los puntos fundamentales de las estructuras de la Iglesia son tocados y remodelados por el autor, en busca de una coherencia Iglesia-Mensaje Fundador-Futuro del mundo. Esto supone un valor enorme como método de teología pastoral. Primero porque la realidad escogida es válida. Se trata de un mundo no "provincial" sino de la realidad global del mundo. ¡Cuántas veces, en teología, elaboramos una teoría de la Iglesia o de su acción pastoral, pretendiendo que puede tener alcances universales y absolutos, porque lo hemos hecho "partiendo de la realidad", sin caer en la cuenta de que hacemos coincidir "una" realidad limitada, condicionada y "provincial" con "la" realidad global, absoluta y universal! El error de Occidente, de Roma, ha sido éste. De hecho, el mismo error se reproduce en nuestra cultura e Iglesia incluso en los mismos contestatarios de Occidente y de la Iglesia. El presente libro es una denuncia contra este proceder teológico y pastoral.

Señalo, además, que el mundo no se toma desde el pasado (¡en cuántos círculos de discusión familiar, política o religiosa es éste el razonamiento que predomina!). Tampoco desde un presente absoluto que no tuviera ni raíces ni porvenir. El autor se sitúa frente a un futuro que se acerca y va llegando al presente según una lógica sembrada en el pasado. Y lo bueno es que sus afirmaciones no son gratuitas ni caprichosas, sino respaldadas por una información abundante y por una consideración fina y perspicaz. Esto contribuye, sin duda, a su fuerza de convicción.

Las afirmaciones y conclusiones sobre la reforma de estructuras en la Iglesia las conocemos ya, en parte, por la lectura de los grandes teóricos de la Iglesia a quienes el autor en esta segunda parte tiene presentes y cita abundantemente (Rahner —sobre todo en su librito "Cambio estructural en la Iglesia"— Kasper, Küng, Ratzinger, Congar, Metz, J. Mackenzie, Illich, Cox etc.). El lector puede leer con provecho estas páginas, salpicadas de hechos reales y alusiones de ámbito mundial, entremezcladas con la mejor teología, y de una gran fuerza persuasiva en sus propuestas, críticas, estrategias y profecías, dado que se deducen del análisis previamente presentado.

Se estudian tanto las estructuras de la Iglesia en sí mismo como en su relación hacia el exterior. Doy el catálogo de los puntos tratados: "Estructura y espontaneidad: el ministerio en la Iglesia": aquí se toca el tema de la administración central de la Iglesia, dándole un posible sentido de guardián de la unidad al Papado, pero atacando un centralismo romano y una supresión de la autonomía de las iglesias locales; también se toca aquí el tema de la Congregación para

la evangelización de los pueblos, admitiendo su posibilidad de continuidad pero con una nueva orientación: instrumento histórico de la Iglesia para estimular y coordinar su actividad hacia afuera; los legados del Papa romano, los obispos y la contestación en la Iglesia también son tema de reflexión y de remodelación. El tema del ecumenismo es otro de los capítulos más acertados e innovadores del libro; un ecumenismo que desborda a los cristianos para tocar a las religiones no cristianas e incluso a los movimientos no religiosos. El problema del ministerio sacerdotal lo califica en el siguiente capítulo como de "punto candente"; califica la crisis de positiva y saludable, ataca la posición de Roma respecto al celibato, viéndolo como una manera de no reconocer la oportunidad que se le brinda a la Iglesia de una revitalización de la comunidad y del sacerdocio de los fieles. Siguen otros capítulos sobre los laicos como potencia redescubierta, "la Iglesia local: descubrimiento del Concilio" con frases muy buenas sobre el problema de la inculturación, "el problema de la predicación", los problemas de la familia, las escuelas, la caridad como testimonio permanente, los mass-media, la urbanización, las construcciones de las iglesias, los problemas financieros de las iglesias locales, el servicio intereclesial. Como se ve el autor ha querido mostrar que su planteamiento de la primera parte lleva a consecuencias de una reforma radical y total del rostro de la Iglesia que afectaría al conjunto ideológico y estructural de la Iglesia.

El último capítulo es digno de transcribirse por entero. De hecho lo que hace el autor es proponer una *estrategia pastoral* apta para que en cada rincón de la Iglesia se vaya preparando el nacimiento de la iglesia del futuro. Sería como

un poner en práctica en lo concreto el mismo método que él ha seguido en la presentación de su obra. Dos notas resumirían esta metodología pastoral: *Iglesia de la planificación e Iglesia de la esperanza*. "Esta esperanza, que no se verá defraudada, no ofrece ninguna coartada ni dispensa alguna de la fatiga y de la planificación humana" (p. 451). "O esperanza y realización simbólica ya en este mundo creado y amado por Dios, o ninguna esperanza" (p. 452). Esta planificación pastoral tiene varias etapas: la primera es la *toma de conciencia de la situación* o recogida de datos a un nivel eclesial y sociológico y con dimensiones mundiales. Después de la recogida de datos viene su *elaboración*, según la triple progresión conocida: ver-juzgar-obrar, que debe llevar a la *formulación de las recomendaciones y de los planes de acción*. En esta elaboración de planes habrá que tener en cuenta *determinadas prioridades*, tanto geográficas como sociológicas, de contenido o método. Decir prioridades no quiere decir exclusivismo sino un más o un menos, un antes o un después.

Antes de acabar estas notas de lectura hay que destacar uno de los aspectos más sugestivos de este libro: las sugerencias que ofrece para una nueva concepción teológica acerca de la misión de la Iglesia y su relación con las religiones no cristianas.

Ya indicábamos que para Bühlmann el crecimiento de la Iglesia consiste ante todo en su carácter de signo: no se trata de ver la misión de la Iglesia como la tarea de asegurar la salvación de las almas, que de otro modo se perderían y de llevarlas a la Iglesia como arca de salvación, sino que la misión de la Iglesia consiste sobre todo en establecerla como signo de

salvación para todos los hombres, para que su irradiación influya en todos los hombres y religiones (p. 172). Se ve a la Iglesia en comunidad de destino con toda la humanidad, no como una entidad que coexiste con el mundo no-cristiano, sino como la entidad intercesora de todo el cosmos ante Dios, como la vicaria y representante de toda la humanidad (p. 174-175).

Bühlmann postula un nuevo tipo de ecumenismo, que no se limita al campo intracristiano, sino que se extiende a los hombres que profesan otras religiones. La pérdida de la supremacía político-cultural de los países europeos de raigambre cristiana, así como el contacto con las otras culturas y religiones que eran más o menos desconocidas para el cristianismo occidental, han contribuido decisivamente a poner en cuestión la concepción teológica tradicional acerca de la salvación de hombres que no pertenecen a la Iglesia. La teología actual no puede reservar el acontecimiento de Cristo para la historia particular del cristianismo sino que tiene que mostrar su significación universal no sólo para los individuos de otras religiones sino también para esas mismas religiones (p. 263-265).

El cristianismo aparece como una forma de revelación, junto a la de otras religiones, dentro del fenómeno religioso de la humanidad, y el exclusivismo salvífico que afirma para sí el cristianismo es inclusivo, integra e incluye a las otras religiones. La historia particular de la salvación tiene una graduación ascendente desde el judaísmo hasta el cristianismo, y esta graduación aparece inmersa dentro del contexto general de la historia universal de la salvación. Así se expresa la continuidad salvífica de Dios desde la creación del hombre hasta su expresión plena en Jesús de Nazaret (p. 266-267).

Esta concepción teológica de la salvación exige un giro en la praxis pastoral de la Iglesia. No se trata de llevar a los "paganos" una salvación externa a ellos, a su cultura y a su religión, sino que participando del convencimiento de que Cristo ya está presente en ellos y de que es Cristo mismo el que les hace accesibles al mensaje cristiano, hay que expresar este mensaje como algo que les descubre lo que ellos ya viven en germen. Se trata de reinterpretarles la vida abriéndoles los ojos al significado de las experiencias que ya se dan en ellos. Hay que ver la dinámica encarnatoria de la pastoral misionera como algo que explicita e integra, y no como algo que se opone y destruye (p. 270-272).

Con esto se da un giro a la postura del cristianismo: éste ya no pretende ser reconocido a priori como absoluto, sino que, en un proceso de diálogo y de fecundación recíproca con las otras religiones, tiene que posibilitar el ser descubierto y reconocido como la forma histórica suprema de la religión trascendental, como el signo más claro de la revelación divina a los hombres (p. 274-275).

Para esto es necesario que la Iglesia sea la servidora de la humanidad. Que ella esté dispuesta a aprender y aceptar de las otras religiones, cambiando su antigua postura de conquista por una pos-

tura kenótica, dialogante y humilde. La misma difusión de las religiones orientales en la cultura occidental impregnada de cristianismo, como sucede actualmente, favorece este encuentro dialogante y atento a las riquezas de la revelación divina en las otras religiones. No es posible mostrar todo el misterio de Cristo de golpe, sino que esto supone una larga preparación catequética, que necesariamente tiene que aceptar elementos de la otra religión en un cierto sincretismo religioso como ya hicieron Ricci y Nobili en otros tiempos. Cristo no vino a eliminar la religión precedente, sino a completarla. De ahí que el cristianismo no pueda enfrentar su espiritualidad a la de las otras religiones, sino más bien tienda a expresar el misterio que está oculto en todas las religiones, asumiéndolas a éstas mismas.

Doy por terminada esta nota de lectura con la sensación de haber dejado muchas de las riquezas del libro sin indicar. También me ha resultado difícil dar orden y cohesión a las ideas, sin evitar caer en las repeticiones. Pero precisamente la obra es así: muy reiterativa, sin que por ello su lectura resulte pesada. El autor insiste desde diversos ángulos en su intuición fundamental, la atención a la Tercera Iglesia que es la garantía de la renovación de la Iglesia de Jesucristo hoy.

NOTA

- (1) W. BÜHLMANN, *La Tercera Iglesia a las puertas*. Un análisis del presente y del futuro eclesiales. Ediciones Paulinas, Madrid 1975, 470 págs.